

Capitulo LV.

Donde Bartolomé Colon obedece las órdenes de su hermano, y vá á Xaragua con ánimo de engañar á Anacaona.

Colon partió de la Española para España en marzo de 1496.

Dejó el mando de la isla á su hermano Bartolomé.

Este á su vez confió el de la Isabela á don Diego, y partió con la mayor parte de las fuerzas que pudo reunir á las alturas de las minas de Hayna.

Cerca de ellas estableció una fortaleza, á la que dió el nombre de San Cristóbal.

Pero los que la fabricaron hallaron al remover los cimientos tantos fragmentos del rico metal que codiciaban, que aquella fortaleza se llamó en lo sucesivo Torre del Oro.

Más de tres meses duró la construcción del fuerte, y el adelantado permaneció dirigiendo las operaciones y haciendo los preparativos para explotar las minas y separar la escoria del metal.

La falta de víveres fué causa de tanto retraso.

Bartolomé necesitó separar de las obras á muchos operarios para enviarlos en busca de provisiones.

Las semillas que habían sembrado los europeos en el ánimo de los indios, comenzaban á darles amargos frutos.

Los indígenas hacían pagar muy caras á los españoles las malas provisiones que les daban, y como su deseo era aniquilarlos á toda costa, descuidaban los sembrados, y para encontrar comestibles necesitaban recorrer grandes distancias, no siendo siempre satisfactorio el resultado de sus expediciones.

En la imposibilidad de mantener mucha gente en la nueva fortaleza, dejó el adelantado diez hombres para que la custodiaran y un perro de presa.

En los alrededores había utias y podían alimentarse con ellas, aunque su carne fuese poco sustanciosa.

El resto de su gente se dirigió con él al fuerte de la Concepción á cobrar el tributo de los habitantes de la Vega.

El hambre empezaba á hacer estragos de la colonia.

Afortunadamente llegaron las carabelas que mandaba Pedro Alonso Niño con provisiones y refuerzo de tropas.

Era además portador de cartas del almirante para su hermano, y partió á la Isabela á conferenciar con él.

Las provisiones se repartieron pronto, porque muchas de ellas se habian estropeado en el camino.

Esto produjo mucho disgusto entre los colonos, disgusto que explotaban los agentes que en todas las expediciones mandaba Fonseca para mantener encendida la tea de la discordia entre los jefes y los súbditos de aquella colonia desventurada.

El almirante ordenaba á su hermano que fundase una ciudad y estableciese un puerto de mar en la desembocadura del Ozema.

Al mismo tiempo le mandaba que llevase presos á España á los caciques y á los indios que hubiesen cometido algun crimen en la persona de algun español.

Dispuesto á obedecer en todo y por todo la voluntad de su hermano, acordó el regreso á la Península de Pedro Alonso Niño con algunos colonos enfermos y los indios, que al volver á España habian impulsado al capitán de los buques á emplear la paradoja que tantos disgustos habia ocasionado á Colon, retardando la época de su tercer viaje.

Volvió Bartolomé á la fortaleza de San Cristóbal: desde allí se trasladó al Ozema para buscar el puerto que deseaba su hermano, y halló en la margen oriental del rio uno formado por la naturaleza.

Las orillas del Ozema eran muy fértiles y pintorescas.

Las frutas, segun cuenta un historiador de la época, podian cogerse de los árboles al mismo tiempo que caminaban las embarcaciones.

Las ramas, extendiéndose por encima del rio, formaban una especie de arco con su follaje, que preservaba al viajero de los abrasadores rayos del sol.

Todo aquel territorio constituia el dominio de Aimohila ó Catalina, como se llamaba ya, por haber recibido este nombre al bautizarse para ser esposa del capitán Miguel Diaz.

La soberana india habia ofrecido á su esposo tratar á sus compatriotas con la mayor generosidad.

No faltó á su palabra.

Bartolomé pudo elegir el paraje que creyó más conveniente para el establecimiento de la nueva colonia, y eligió el punto donde hoy se levanta la ciudad de Santo Domingo.

Por de pronto se limitó á construir una fortaleza, en la que dejó veinte hombres al mando de Miguel Diaz, con las instrucciones oportunas para que se pusieran en explotacion las minas y se acumulasen cantidades de oro que embarcar para España.

Su presencia no era allí necesaria.

Diaz era un hombre leal.

Amaba á Catalina, y era objeto de una profunda idolatría por parte de la soberana de aquellos estados.

La guarnicion no tenia pues, que temer.

Los mineros podrian trabajar sin que nadie turbase sus tareas, y como uno de los principales deseos de Bartolomé era haber extendido el dominio de los

españoles en toda la isla para cuando regresase su hermano, resolvió visitar el departamento del Xaragua, que todavía no se habia sometido á la dominacion española, y que despues de la muerte de Boechio, su rey y cacique, habia nombrado su soberana á Anacaona.

Llevó en su compañía á Hernando de Guevara, el cual, por los lazos que le unian con Higuanamota, pudo facilitar las negociaciones que pensaba emprender con la reina viuda.

Anacaona ignoraba aún su desgracia.

Sabia que los españoles habian embarcado á Caonabo con ánimo de presentarle á los reyes.

Pero le habian anunciado que no tardaria en volver cargado de presentes, y esta esperanza le habia inspirado una tregua en su odio á los opresores.

Bartolomé tuvo noticia, por la carta que le dirigió su hermano con Pedro Alonso Niño, de la conspiracion que habia estallado á bordo y de la desastrosa muerte de Caonabo.

Pero no convenia á sus planes desanimar á Anacaona con aquella noticia, sino decirle que su esposo habia llegado á España, y allí vivia, siendo objeto de las mayores atenciones por parte de los reyes.

Nadie podia como Guevara ser portador de tan buena nueva para Anacaona.

Guardando el mayor secreto sobre la muerte del cacique, manifestó á Guevara que el almirante le participaba los muchos agasajos que se hacian á Caonabo en la corte.

— Guevara creyó de buena fé aquella version, y se alegró en extremo poder ser portador de aquella buena noticia acerca de la suerte del padre de su amada.

Partió Guevara con el adelantado, y se alegró en extremo de abandonar la colonia.

Tenia en ella un enemigo contra el que nada habia podido hacer, porque contaba con la proteccion del almirante.

Este enemigo era Francisco de Roldan.

Antes de proseguir, como este hombre debia contribuir poderosamente á los disturbios que estallaron en la colonia, voy en dos pinceladas á darle á conocer.